



De música ligera: otra vez y como nueva

Luz Mary Giraldo*

Para dar comienzo a mis reflexiones sobre esta nueva edición de *De música ligera*, tomo como punto de partida unas palabras de Darío Jaramillo Agudelo que sirven de epígrafe: “y los huecos del silencio los llenábamos/ mintiéndonos canciones que ahogaban cualquier posible palabra”. Se trata de unir con la memoria “los huecos del silencio” hasta poner a andar la ficción que se desliza entre la nostalgia y la inconsciencia de los días, entre lo callado y el ruido, entre la imagen visual y la sonora, entre la soledad y la precaria compañía. Así se suceden estos once cuentos de esta tercera edición, que en su mayoría hicieron a Octavio Escobar merecedor del Premio Nacional de Literatura en 1997, distinción que con otros textos y otros premios lo han destacado en las letras nacionales¹.

Por ellos caminan la memoria y la desmemoria de un yo narrativo siempre diferente que recuerda y evoca, que teje y desteje, que canta y susurra, que baila y fantasea y otra vez evoca y mira al pasado que es, a veces, el de las iniciaciones y aprendizajes de la adolescencia, el de las primeras películas, el de los espectáculos prohibidos o censurados, y las más de las veces, en el presente, el de los deseos o sueños no alcan-

zados. Y el lenguaje que los dice y nombra es el de la edad en que fue vivida alguna circunstancia que al ser narrada se fusiona a las palabras y a los hechos del hoy, lo que permite que el pasado tome vida no sólo como hecho sucedido sino como algo que se inserta al presente del relato en el que reconocen sus hibridaciones y sobre todo sus desastres y miserias. La velocidad, la levedad, la multiplicidad, la visibilidad, la transitoriedad y la fragmentación, todo esto sucede con un ritmo ligado a la respiración y al sonido secreto de los hechos que se mueven con ebriedad vertiginosa o con la cadencia de una cámara lenta que repasa situaciones.

Muchas cosas pasan y ninguna de ellas es determinante en esa confluencia de los relatos donde un yo único para cada caso relata: sucede el exilio y su dolor. Sucede la muerte, no la natural sino la que no debe ser. Sucede la clandestinidad, la injusticia, la tortura, la violencia, la familia rota. Sucede la frustración, el dolor, la soledad, la infelicidad, lo efímero, el vacío. Pero también, sucede la “puesta en escena” de quien debe cumplir un papel ya en el arte, ya en la imaginación desbordada o “iluminada”, ya en la vida y sus azares.

Como parte de la dinámica narrativa, tan-

¹ La primera edición publicada por el Ministerio de Cultura en 1998, no incluye *Himnos nacionales* ni *Dicen que la distancia es el olvido*. La segunda, publicada por Editorial Babilonia, Bogotá, 2002, suprime un epígrafe y tiene los mismos cuentos de ésta.

* Ibagué, 1950. Licenciada en filosofía y letras. Docente. Poeta (*El tiempo se volvió poema*, *Camino de los sueños*, *Tarjeta postal*). Como ensayista y crítica literaria, entre otros, tiene los libros *La novela colombiana ante la crítica, 1975-1990*; *Fin de siglo, narrativa colombiana*; *Narrativa colombiana, búsqueda de un nuevo canon*; *Más allá de Macondo - Tradición y rupturas literarias*. Entre sus antologías se mencionan *Nuevo cuento colombiano*, *Ellas cuentan. Relatos de escritoras colombianas de la colonia a nuestros días*, *Cuentos de fin de siglo*, *Cuentos caníbales*.

to por alusión como por concepción, se entrelazan en un ir y venir referentes culturales que formaron y despertaron los imaginarios de una u otra generación, tales como los viajes interplanetarios y sus épicas contemporáneas consolidadas en la cultura de la imagen o de la música misma: *Viaje a las estrellas*, por ejemplo, los misteriosos archivos secretos de *Los expedientes X*, esa nueva manera de humanizar que se muestra en *Jesucristo Superestrella*, las durezas de *La naranja mecánica*, Nino Bravo y su *América América*, los Bee Gees y John Travolta con su música gestual o danzante, Mercury con su *Bohemian Rhapsody*, las nostalgias que conducen a Jorge Negrete, Ortiz Tirado, Raphael, letras de boleros o baladas, el fútbol con su propia música y sus muertos, “las canciones del momento que se precipitan por los altavoces”, los himnos y la contundencia del Himno Nacional que con su música emblemática marca la hora del día en tiempos de ceguera, pues cuando suena se sabe “que son las seis, de la mañana o de la noche, pero las seis”. En fin, todo ello entretejido en la palabra que cuenta conversando,

Esa música está en el tono y en la voz que determina cada relato donde un personaje se narra a sí mismo en una toma de conciencia de su ser, reconociendo que el autor, muy representativo de su generación, capta los colores de la existencia, del país y del mundo contemporáneo

mientras refleja el espíritu actual, la vida de aquí y de allá hecha trizas, con su ritmo frenético o con sus armonías y cacofonías escépticas o desencantadas.

La forma de narrar de Octavio Escobar se deslinda del contar tradicional, ese que lleva al lector hacia algo que va a suceder, generalmente, anunciado en el título y que se desarrolla poco a poco. Por el contrario, en este autor prevalece el suceso que está en el diario vivir como algo corriente que apela al lector de hoy, lo atrapa y lo conduce a la interioridad de esa voz narrativa de alguien que sin perder contacto con el entorno narra como mirando hacia adentro determinado(s) transcurso(s) vital(es). Esa forma de narrar que cuenta desde el interior transmitiendo un tono, un estado de ánimo que manifiesta escepticismo, perplejidad, incertidumbre y, a veces, resignación ante los absurdos de la vida y de lo rutinario. Ante el mundo fracturado.

Hay en *De música ligera* momentos que son casi reflexiones en las que se debaten el ser y el estar ante determinadas situaciones o circunstancias, reflexiones que enfrentan el presente y su destino, un destino que se impone y arrastra, pues no, necesariamente, se propone o se construye sino resulta de las trampas del vivir, de las contingencias, un destino que no es una condena sino una consecuencia. Llegan también, con y sin nostalgia, los referentes a lo efímero, a la memoria que se diluye cuando los sonidos entrañables o los lugares se reemplazan por lotes baldíos o por montajes para lo transitorio que imponen las sociedades y culturas consumistas (tema que se desarrollará más ampliamente en el libro de cuentos *Hotel en Shangri-Lá*, premio nacional de la Universidad de Antioquia en 2004), dando lugar a lo inmediato que ignora o se desentiende de la tradición.

El epígrafe de esta edición también habla de los “días en que no necesitábamos de la música/ y en una rabiosa adolescencia fuimos capaces de amar” y, anticipa así, el universo de cada una de estas piezas donde cada uno es “el exclusivo dueño de propia miseria”, como se dice en alguno de los cuentos. Epígrafe que

en la primera edición (1998) del Ministerio de Cultura, dialoga con *Música para dos* de Javier Pascual Aguilar, donde “la música teje/ un manto,/ un cobertor, un refugio para los imperfectos/ bailarines que, como tú/ y yo, sobre la pista,/ más que bailar, rítmicamente,/ se abrazan”. *Refugio de imperfectos*, reitero, que ocupa un lugar en la memoria y los imaginarios de cada cual. De ahí, que el himno y los himnos de la mitología nacional y personal o de los mitos generacionales o promocionales, todo aquello que resuena con el énfasis de los textos entretejidos como una entrañable música, en este caso, la popular y la de la cultura de masas que supera fronteras, cada sonido que mide las horas o los días de ayer o de ahora, revelan y desnudan una cierta ligereza y un desasegado letargo. De ahí, también, que ese juego por alusión o inclusión, con la simetría de textos con los que se genera la interlocución con las letras de canciones resaltadas en los títulos o con los versos que se intercalan en los relatos, sea una manera de reactivar el lenguaje hablado, la voz oral, la jerga de la adolescencia o de otro tiempo, las voces de hoy, donde “miles de radios del país, del mundo, millones de voces repetirán en algún momento de la noche la canción de moda y la sentirán suya”.

Esa música está en el tono y en la voz que determina cada relato donde un personaje se narra a sí mismo en una toma de conciencia de su ser, reconociendo que el autor, muy representativo de su generación, capta los colores de la existencia, del país y del mundo contemporáneo, y que la “memoria es un depósito inagotable de imágenes hermosas”. Mempho Giardinelli, como jurado del premio otorgado a Octavio Escobar por este libro, reconoció no solo la calidad de los cuentos sino ese girar “en torno de los vínculos de sus personajes con la música popular” y los nexos con la Colombia actual, así como Darío Jaramillo Agudelo resaltó los efectos de cada canción “indeleblemente asociada a un tiempo”, la música “como heraldo sonoro del pasado”, “la capacidad de crear personajes verosímiles” y “el talento para asumir voces diferentes”. Philip Potdevin señaló

Como parte de la dinámica narrativa, tanto por alusión como por concepción, se entrelazan en un ir y venir referentes culturales que formaron y despertaron los imaginarios de una u otra generación, tales como los viajes interplanetarios y sus épicas contemporáneas consolidadas en la cultura de la imagen o de la música misma

“un viaje expedito al interior de la sociedad colombiana del fin de siglo para destacar los arquetipos urbanos troquelados por la problemática del multiculturalismo, la violencia política, el narcotráfico y la lucha por un espacio dentro de la estratificación social”. Juan Carlos Garay afirmó la conexión temática de cada una de las canciones y con ellas “el mapa mismo de la historia”.

Uno mi voz para ratificar que esta nueva edición confirma la vigencia del mundo creado con la totalidad de aristas que corresponden a cada cuento. La uno para reiterar que he vuelto a leer *De música ligera* como si lo hiciera por primera vez.

Bogotá, D.C., agosto 16 de 2010 ■